

ARQUEOLOGÍA DEL OCCIDENTE DE MÉXICO

Eduardo Williams y Robert Novella
COORDINADORES



EL COLEGIO DE MICHOACÁN

ARQUEOLOGÍA DEL OCCIDENTE DE MÉXICO:
Nuevas aportaciones

Eduardo Williams y Robert Novella
Coordinadores



El Colegio de Michoacán

ÍNDICE

PREFACIO	9
EL OCCIDENTE DE MÉXICO: UNA PERSPECTIVA ARQUEOLÓGICA Eduardo Williams	11
LAS COSTUMBRES FUNERARIAS DE LA CULTURA BOLAÑOS Y SU RELACIÓN CON LA TRADICIÓN DE TUMBAS DE TIRO DEL OCCIDENTE DE MÉXICO María Teresa Cabrero	61
LOMA ALTA: ANTIGUA ISLA FUNERARIA EN LA CIÉNEGA DE ZACAPU, MICOACÁN Patricia Carot	93
COLECCIONES LÍTICAS DE SUPERFICIE DEL OCCIDENTE DE MÉXICO Karen Hardy	123
LAS ACTIVIDADES DE TALLA EN LOS TALLERES DE OBSIDIANA DEL CONJUNTO ZINÁPARO-PRIETO, MICOACÁN Véronique Darras	139
IMPLICACIONES POLÍTICAS Y ECONÓMICAS DEL INTERCAMBIO DE OBSIDIANA DENTRO DEL ESTADO TARASCO Helen P. Pollard y Thomas A. Vogel	159
ORNAMENTOS DE CONCHA: INDICADORES DE RELEVANCIA SOCIAL EN UN ÁREA DEL OCCIDENTE DE MÉXICO Enriqueta M. Olguín	183

EL MATERIAL CONQUIOLÓGICO DEL OCCIDENTE EN DOCUMENTOS ESCRITOS Y PICTOGRÁFICOS DE LOS SIGLOS XVI, XVII Y XVIII Lourdes Suárez	217
LA METALURGIA PREHISPÁNICA DEL OCCIDENTE DE MÉXICO: UNA CRONO- LOGÍA TECNOLÓGICA Dorothy Hosler	237
EVIDENCIA DE PESAS PREHISPÁNICAS EN EL OCCIDENTE DE MÉXICO: UN ESTUDIO COMPARATIVO Della Sprager	297
ECOLOGÍA CERÁMICA EN HUÁNCITO, MICHOACÁN Eduardo Williams	319
<i>RERUM NOVARUM</i> : EL MITO DE MEXCALTITÁN COMO AZTLÁN Phil C. Weigand	363

EL OCCIDENTE DE MÉXICO: UNA PERSPECTIVA ARQUEOLÓGICA

Eduardo Williams
El Colegio de Michoacán

INTRODUCCIÓN

El Occidente de México es probablemente la subárea de Mesoamérica de la que tenemos menos información sobre la historia cultural prehispánica. Esta falta de datos arqueológicos se debe en parte a las pocas investigaciones realizadas en esta región; la mayoría de los trabajos de campo en Mesoamérica se han llevado a cabo en zonas con restos monumentales de civilizaciones antiguas, como Teotihuacan, Monte Albán o el área maya. Las zonas occidental y norte de Mesoamérica, al no tener grandes sitios urbanos, han sido relegadas a una posición secundaria. Sin embargo, recientes investigaciones han demostrado que el Occidente de México fue un espacio cultural de gran importancia en la época prehispánica, cuyo complejo papel en la historia cultural de Mesoamérica apenas empieza a entenderse.

Para los propósitos del presente artículo, el Occidente de México incluye los actuales estados de Sinaloa, Nayarit, Jalisco, Colima y Michoacán, o sea aproximadamente la región comprendida entre los ríos Fuerte y Balsas. El Estado de Guerrero, aunque es casi desconocido arqueológicamente, no parece estar íntimamente relacionado con la zona del Occidente discutida aquí (Meighan, 1974: 1254). El Occidente de México es la subárea más grande de Mesoamérica, así como la más diversa en cuanto a su medio ambiente. No se trata de una unidad geográfica, ni mucho menos cultural, si consideramos su gran variabilidad cultural en tiempos antiguos dentro de esta gran región.

El Occidente de México ocupa varios ambientes naturales que incluyen diversos nichos ecológicos: partes de la Mesa Central, del Eje

Neovolcánico, de la Mesa del Norte, de la Sierra Madre Occidental y de las tierras bajas del Pacífico (West, 1964). Según Meighan y Nicholson (1970: 21); los estados de Nayarit, Jalisco y Colima no forman una unidad geográfica, aparte de tener numerosos microambientes constan de dos zonas fundamentales: una región de tierras altas, con elevaciones en promedio de 5 mil pies, y una planicie costera relativamente angosta de tierras bajas tropicales. La cubierta vegetal varía desde la sabana y pastizales, los bosques tropicales situados en la zona costera, hasta los bosques de pino y roble de las planicies y valles. Por otra parte, el Estado de Michoacán, al sur-orienté de la zona antes mencionada, se ha dividido en las siguientes áreas fisiográficas (Guevara, 1989: 10): 1) valles y ciénegas del norte, 2) sierra del centro, 3) tierra caliente, 4) sierra madre del sur, 5) costa (ver mapa, fig. 1).

En un marco geográfico como el descrito anteriormente, uno esperaría encontrar una cierta heterogeneidad cultural, y no menos de 29 “subáreas culturales” han sido sugeridas para el Occidente prehispánico (Schöndube, 1980: mapa 6). Esta diversidad cultural se evidencia por los distintos grupos lingüísticos encontrados en el noroccidente de México por los conquistadores españoles en el siglo XVI. Un reciente mapa lingüístico del área incluye no menos de veintiseis lenguas y dialectos, de los cuales varios se encuentran hoy extintos (Longacre, 1967: fig. 15; véase también Ramírez Flores 1980). Según Schöndube (1980: 124) dos factores son de principal importancia entre todos los elementos que se conjugaron para formar el perfil cultural del Occidente: en primer lugar, la difícil comunicación dentro del área, debida a barreras fisiográficas como cañones, montañas y ríos; y en segundo lugar, el hecho de que muchas subáreas culturales fueron autosuficientes, al ocupar varios microambientes complementarios. Ambos factores ayudan a explicar el grado de heterogeneidad cultural y la falta de unidad en el Occidente, particularmente en Jalisco-Colima-Nayarit, durante gran parte de la época prehispánica.

Uno de los más recientes intentos de producir un “mapa cultural” para el Occidente es el de Wigberto Jiménez Moreno (1985), investigador que dedicó muchos años de estudio al problema de la definición de Mesoamérica y de sus fronteras (Jiménez Moreno, 1975). Su mapa

sintetiza datos arqueológicos y etnohistóricos en un intento de clarificar la situación cultural para el noroccidente de Mesoamérica (fig. 2).

Un hecho que se ha reconocido desde los días de los primeros exploradores europeos es que el Occidente de México carece, en su mayor parte, de algunos de los principales y más sobresalientes rasgos de la Mesoamérica nuclear, como grandes centros urbanos o ceremoniales, arte monumental, escritura jeroglífica y notaciones calendáricas. Este hecho ha contribuido a la creación de una imagen de sociedades simples y atrasadas, viviendo en una zona marginal. Sin embargo, un punto de vista distinto empieza a ser aceptado por la mayoría de los investigadores, quienes ven una situación compleja en la cual el Occidente interactuó con sus vecinos de Mesoamérica y contribuyó de manera importante al enriquecimiento del *oikoumene* mesoamericano. Meighan (1974) ha expresado esta idea al hablar de la existencia de dos tradiciones culturales distintas: por una parte, la mesoamericana, con su “larga historia de continuidad en el arte, la religión, la iconografía y la visión del mundo”, y por otra parte, la tradición que se ha considerado típica del Occidente de México, caracterizada por las culturas de las “tumbas de tiro”. Según Meighan (1974: 1260) varios autores han señalado que el Occidente de México se encuentra fuera de la tradición cultural básica de Mesoamérica, pero “esta idea es más exacta para unos períodos que para otros, y se aplica con toda su fuerza solamente a la tradición de las tumbas de tiro. Durante el milenio anterior a la llegada de los españoles, el Occidente fue una variante regional de la tradición mesoamericana” (Meighan, 1974: 1260). Por otra parte, Weigand y Foster (1985: 2) mencionan que “la civilización mesoamericana tuvo múltiples zonas nucleares culturales (*cultural hearths*), todas las cuales florecieron en estilos regionales distintivos. El Occidente de México [...] representa una de esas zonas nucleares”.

Según lo han expuesto Meighan y Nicholson (1970: 25), hasta los inicios de la era cristiana, el Occidente de México parece haber compartido con Mesoamérica el patrón general de agricultura aldeana, pero durante el período de mayor florecimiento de las culturas del Clásico, como Teotihuacan y Monte Albán, en esta región prevalecieron tipos distintivos de comunidades y de estilos artísticos. El Occidente de Méxi-

co, particularmente la zona Colima-Jalisco-Nayarit, se distingue del resto de Mesoamérica, pues sus comunidades fueron más pequeñas que en otras regiones, careciendo además de centros urbanos complejos con grandes manifestaciones arquitectónicas (ver, por ejemplo, el reporte de Mountjoy [1982] para Tomatlán, Jalisco). Este punto de vista, sin embargo, ha sido puesto en tela de juicio por Phil Weigand, quien dice que en Occidente, principalmente en el área de Etzatlán, Jalisco, existieron grandes ciudades, comparables con las urbes clásicas de Mesoamérica (Weigand, 1985: 72-88).

Las prácticas religiosas parecen haberse centrado en un tipo de “culto a los antepasados” más que en una jerarquía de deidades independientes, como sucedía en otras partes de Mesoamérica durante el Clásico (ver Williams, 1991; 1992). Es durante el Postclásico temprano (ca. 900-1200 d.C.) cuando una considerable influencia “tolteca” y Mixteca-Puebla penetró en el noroccidente de Mesoamérica. Desde este momento en adelante esta región participó plenamente en los desarrollos panmesoamericanos (ver a Jiménez Moreno, 1975 y a Litvak King, 1975, para dos excelentes resúmenes sobre la conformación de Mesoamérica y particularmente sobre las fluctuaciones de la frontera norteña de esa superárea).

El Occidente de México fue también importante como un corredor entre Mesoamérica y otras áreas, como el sudoeste de los Estados Unidos (Kelley, 1978: 106-109; Harbottle y Weigand, 1992), y probablemente la costa noroccidental de Sudamérica (Meighan, 1969; Mountjoy, 1974, 1978). No menos vital fue el papel que jugó esta área como zona nuclear donde se generaron o introdujeron importantes innovaciones, entre ellas la metalurgia en el siglo octavo de nuestra era (Hosler, 1988: 209). Como muestra de tal importancia está lo dicho por Tolstoy (1978: 274), quien menciona la existencia en el Occidente de varios “marcadores arqueológicos” que han sido utilizados para definir al segundo Período Intermedio (o sea, Epiclásico/Postclásico temprano; ca. 750-1325 d.C.) en la cuenca de México, tal como la cerámica *shadow striped*, los cuencos rojo sobre bayo, los molcajetes, los malacates y tal vez incluso el metal, los cuales son más tempranos en el Occidente de México y en el Bajío que en las regiones más al este.

La frontera norte de Mesoamérica cambió a través de los siglos, por lo que en unos períodos la porción noroccidental de México quedó fuera de tal área cultural (Braniff, 1974). A partir del siglo X, pero más acentuadamente desde el XIII hasta la llegada de los españoles, los grupos “chichimecas” se expandieron hacia el sur, anexándose tierras que habían sido mesoamericanas. Esta expansión hacia el sur tiene que ver con un proceso de desertificación progresiva, que impedía el cultivo en estos territorios (Braniff, 1989: 105).

Por otra parte, Mesoamérica se integró desde una época relativamente temprana (*ca.* 700 d.C.) con la región noroccidental de México y con el sudoeste norteamericano, a través del comercio de la turquesa. En varios sitios del Occidente, entre ellos Guasave, Sinaloa, Las Cuevas y Zacoalco, Jalisco, y la zona de Ixtlán del Río en Nayarit, se ha encontrado turquesa idéntica a la de Chaco Canyon (Nuevo México). Este proceso de integración estructural del sudoeste norteamericano dentro del sistema de comercio mesoamericano se intensificó con el tiempo, hasta que los tarascos empezaron a controlar el tráfico de la turquesa y otras mercaderías que venían del norte (Harbottle y Weigand, 1992).

EL OCCIDENTE DE MÉXICO: UN INTENTO DE CARACTERIZACIÓN

A lo largo de gran parte de la secuencia prehispánica, el contacto cultural entre el centro de México y la frontera noroccidental de Mesoamérica fue regular, aunque no siempre intenso. Este contacto aumentó en importancia después del fin del período de las “tumbas de tiro” (*ca.* 600 d.C.). Los mercaderes toltecas pudieron haber viajado hacia las estepas semidesérticas del norte. Esta región contenía valiosos minerales y piedras semipreciosas, al igual que peyote y hongos alucinógenos utilizados en ritos religiosos. Como prueba de estos nexos interregionales se han encontrado, en excavaciones realizadas en Tula, materiales arqueológicos como conchas marinas y objetos de metal que indican probables lazos comerciales con grupos que habitaron los actuales estados de Michoacán, Colima y Nayarit (Diehl, 1983: 116). Por otra parte, antes del Postclásico la situación parece haber sido distinta.

Una de las características más notables del registro arqueológico del Occidente de México es la aparente falta de una fuerte presencia olmeca durante el Formativo y teotihuacana durante el Clásico. En esto el Occidente difiere del resto de Mesoamérica, y parece ser que esta subárea cultural seguía un desarrollo un tanto independiente durante las porciones tempranas de su secuencia.

J.C. Kelley (1974) ha producido un modelo que explica la expansión de las culturas mesoamericanas hacia la frontera noroccidental, a través de la incorporación de los habitantes de esta región dentro de la tradición cultural propia del centro y sur de México. Esta aculturación fue promovida en parte por grupos de *pochtecas* procedentes de Mesoamérica nuclear. El citado modelo presupone la existencia de varias “esferas de interacción” en el noroccidente de Mesoamérica, cada una de ellas tipificada por un elemento diagnóstico particular (p. ej.: pintura tipo *cloisonné*, cerámica Aztatlán y blanco sobre rojo). Además, según el mismo Kelley (1974: 19-22), la colonización de la región noroccidental por agricultores mesoamericanos se caracterizó por el establecimiento de una serie de comunidades que compartían una cultura mesoamericana básica, pero con distinciones locales, y que se encontraba dispersa a lo largo de una frontera irregular. Pequeños grupos de agricultores colonizaron las tierras adyacentes hacia el occidente y norte, probablemente mediante un proceso de dispersión de grupos de linaje, cada uno de los cuales llevó consigo solamente algunos de los elementos culturales mesoamericanos.

Varios autores han sugerido que el Occidente de México, a diferencia de las culturas de “Mesoamérica nuclear”, nunca llegó a tener un nivel de complejidad sociopolítica superior al del cacicazgo o jefatura (Sanders y Price, 1968: 117; Meighan y Nicholson, 1970; Schöndube, 1980; Willey, 1966: 89; Williams, 1992). Esto parece haber sido particularmente cierto para la zona de Jalisco-Colima-Nayarit; por ejemplo, según Brand:

la imagen apropiada de la geografía política para el Occidente de México, excluyendo al estado tarasco, es de multitud de grupos de aldeas que luchan constantemente entre sí, cada uno de los cuales raramente ocupó más de un

solo valle. Seguramente, de manera ocasional dos o más aldeas o grupos de aldeas se podrían juntar para luchar en contra de algún enemigo común, pero tales alianzas eran oportunistas y efímeras (Brand, 1971: 647).

En pocas palabras, la descripción de Brand citada arriba parece referirse a un tipo de sociedad organizada en el nivel de jefatura o cacicazgo. Sin embargo, no todo mundo está de acuerdo con esta interpretación; un punto de vista distinto es el propuesto por Phil Weigand y otros autores, quienes ven un nivel de complejidad cultural y sociopolítica en la zona Jalisco-Colima-Nayarit superior al del cacicazgo, que podría definirse como “civilización” o “estado”.¹

No todos los pueblos prehispánicos del Occidente tuvieron el mismo nivel de complejidad sociopolítica; los tarascos de Michoacán se distinguen del resto por haberse constituido en una sociedad civilizada, con todas las características propias del Estado. Por ejemplo, sabemos que se encontraban organizados en distintas clases sociales, con un “rey” (el *cazonci*) en la cima, y que tenían una élite sacerdotal y un panteón de dioses complejo y estratificado (Craine y Reindrop, 1970: 11-15). El sistema político-administrativo se encontraba centralizado, lo cual puede verse por el alto grado de urbanización en la cuenca del lago de Pátzcuaro (Gorenstein y Pollard, 1983: 125).

En pocas palabras, diferentes tipos de sociedades habitaron la región que hoy llamamos noroccidente de México, desde las bandas de cazadores-recolectores del norte, o chichimecas (que quedan fuera de lo que propiamente denominamos Occidente [Rodríguez Loubet 1985]),

1. El *cacicazgo* se caracteriza por un gobierno centralizado con una jerarquía hereditaria, aunque no existe un aparato formal de represión legal (Service 1975: 16). La organización de este sistema sociopolítico es fundamentalmente teocrática, pues los jefes o caciques no solamente son de origen noble, sino también divino: tienen relaciones especiales con las deidades, por medio de las cuales legitiman su derecho a gobernar y a obtener tributo. Los cacicazgos tienen especialistas religiosos de tiempo completo, de hecho el mismo jefe puede ser a la vez sacerdote (Flannery 1979: 29; Service, 1971: 162). Otras características distintivas de los cacicazgos son las siguientes: redistribución de bienes previamente recolectados por la autoridad central, y existencia de artesanos completamente subsidiados por el gobierno, que producen bienes de gran calidad (Service, 1971: 162). El Estado se distingue del cacicazgo por el legítimo uso de la fuerza a cargo de un grupo de personas responsable del control y mediación de los conflictos sociales. Los estados también se distinguen de los cacicazgos por la existencia de divisiones sociales o clases. Aunque los cacicazgos se encuentran divididos en estratos de dos o tres niveles, estas divisiones son de origen social y no emanan de diferencias de clase de tipo político o económico (Service 1971: 163).

hasta los cacicazgos o estados incipientes de Colima-Jalisco-Nayarit y el Estado tarasco de Michoacán. La *Relación de la Provincia de Zacatula* en 1581 (Acuña 1987: 456) nos da una versión sobre el tipo de sociedad que existió en gran parte del Occidente, de boca de los mismos indígenas: “en tiempos de su gentilidad [...] cada pueblo tenía su señor, porque no había entre ellos señor general. Traían guerras unos con otros [...] no daban tributo a sus capitanes [...] sino comida y ropa para vestir, porque eran muy pobres”. (Sin embargo, hay que ser cuidadosos al emplear fuentes etnohistóricas del siglo XVI para caracterizar a las culturas prehispánicas).

Un punto de vista distinto al anterior es ofrecido por Phil Weigand, quien ve en Etzatlán, Jalisco (y en otras áreas dentro del Occidente) la presencia de grandes asentamientos urbanos, que describe de la siguiente manera:

[...] en el sistema de valles y de montes que constituía el territorio de Etzatlán, existieron docenas de asentamientos postclásicos de todos tamaños y funciones (caseríos, complejos mineros, emporios, fortificaciones, aldeas, pueblos), lo cual demuestra que de hecho existía una compleja jerarquía de asentamientos en vísperas de la entrada de Cortés. Este tipo de jerarquía de asentamientos postclásicos puede demostrarse para otras regiones extra-tarasacas del occidente de Mesoamérica, por ejemplo [...] la zona de Sayula-Atoyac-Zacoalco y el Valle de Atemajac (Weigand 1985: 50).

Para comprender mejor el grado de diferencia o similitud entre el Occidente de México y el resto de Mesoamérica, conviene echar un vistazo a la situación en esta última área. Las primeras sociedades complejas de Mesoamérica se desarrollaron desde una etapa bastante temprana: por ejemplo, en el Valle de Oaxaca entre 1150 y 850 a.C., San José Mogote creció rápidamente, hasta cubrir una zona de veinte hectáreas, con ochenta o cien casas. Para 850 a.C. ya tenemos evidencia de una jerarquía de asentamientos de dos niveles, y podemos llamar a San José un “pueblo”. No solamente era mayor en tamaño que sus rivales, sino que ofrecía un mayor rango de servicios (Bray 1979: 87; ver también Blanton *et al.* 1981:50-62; Winter 1976). Varios siglos antes de esta última fecha (*ca.* 1200 a.C.), la cultura olmeca de las

tierras bajas del Golfo ya se había constituido en un estado prístino (Drucker, 1981: 20). Los datos en el Occidente para estas épocas —Formativo temprano-medio— son desgraciadamente muy escasos. Existe evidencia de aldeas y de complejos funerarios bastante desarrollados hacia mediados del segundo milenio antes de nuestra era (por ejemplo: Capacha, Colima y El Opeño, Michoacán, discutidos más adelante), pero no hay nada similar a la información que se tiene para otras áreas de Mesoamérica. Hasta que se llene este vacío en nuestro conocimiento, gran parte de lo que se diga sobre el Formativo en el Occidente tendrá que ser a nivel de conjetura.

Durante el período Postclásico tardío, la unidad básica de la política en el centro de México era la ciudad-estado, consistente en una ciudad capital con su área de abastecimiento y dependencias rurales (Bray, 1972: 162). La urbe era el centro del gobierno y de la redistribución e intercambio de bienes manufacturados y de los productos de diversas zonas ecológicas (Bray, 1972: 162). No solamente el factor de tamaño es importante para distinguir una verdadera ciudad de un pueblo o una aldea, sino que también hay una distinción económica: mientras que los estados mexicanos pequeños eran autosuficientes, las ciudades-estado grandes no lo eran; el problema de éstas últimas se agravaba por el hecho de que solamente una parte pequeña de la población se dedicaba a la producción de alimentos (Bray, 1972: 168). Los grandes asentamientos de Mesoamérica nuclear del Clásico y del Postclásico reúnen los requisitos que Childe (1981) ha propuesto para definirlos como ciudades,² pero esto no parece sostenerse para la mayoría de asentamientos en el Occidente fuera de la zona tarasca, particularmente antes del Postclásico.

2. Los criterios que propone Childe (1981) para incluir a un asentamiento bajo la categoría de ciudad son los siguientes: 1. Determinado tamaño del asentamiento y densidad de población; 2. Especialistas de tiempo completo; 3. Concentración del excedente de la producción en manos de un jefe religioso o secular; 4. Edificios públicos monumentales; 5. Existencia de una "clase dominante"; 6. Sistemas de registro y ciencias exactas; 7. Escritura; 8. Artistas o artesanos de tiempo completo; 9. Comercio regular con otras regiones; 10. Interdependencia de los miembros de la comunidad o funciones mutuamente complementarias.

Por otra parte, Renfrew (1976) dice que la mayoría de las civilizaciones poseen cuando menos dos de las siguientes tres características: 1. Pueblos con una concentración considerable de población; 2. Edificios públicos monumentales; 3. Escritura.

Según Charles Redman (citado en Sabloff, 1989:29), la mayoría de las ciudades tienen las siguientes características:

- Una población grande y nucleada
- Complejidad e interdependencia
- Organización formal e impersonal
- Muchas actividades no agrícolas
- Una diversidad de servicios centralizados, tanto para los habitantes como para las comunidades menores del área circundante.

Sin embargo, aunque ha quedado dicho aquí que los rasgos de civilización no son abundantes en Occidente, los elementos mencionados arriba —y muchos otros, propios de culturas altamente civilizadas— han sido reportados para la zona de Etzatlán, Jalisco, por Weigand (1985, 1991, 1992a) quien dice lo siguiente al respecto:

[...] en Occidente tenemos grandes poblaciones y altas densidades [...] existe además excelente evidencia de especialistas (cloisonné, obsidiana, metal, etc. etc.), arquitectura monumental, distinciones de entierros y arquitectónicas dentro de la población [que hablan de la existencia de una clase dominante], glifos en el Clásico como sistema de escritura temprano, masivas indicaciones de comercio, grandes sistemas de irrigación [...] (Carta fechada el 20 de febrero de 1992).

Un problema para el estudio de las ciudades mesoamericanas consiste en que se conocen mucho mejor los sitios del centro de México —por ejemplo, Teotihuacan, Tula, Tenochtitlan— que los de otras regiones. Esto ha hecho que tales centros urbanos, con sus tradiciones regionales y su aspecto preponderantemente comercial, se hayan convertido en los modelos clásicos para definir a la ciudad mesoamericana (ver, por ejemplo, Sanders y Webster, 1988). Lo cual es desafortunado, puesto que ninguna otra urbe en Mesoamérica es exactamente como ellas (Marcus, 1983: 196). Otro problema que dificulta las comparaciones entre Mesoamérica nuclear y el Occidente de México es la falta de conocimiento sobre la arqueología de esta última área, debido a los escasos trabajos de campo. Phil C. Weigand ha venido realizando investigaciones por varios años en la zona de Etzatlán-Teuchitlán, Jalisco, donde ha encontrado muy grandes y complejos asentamientos, consis-

tentes en plataformas, grupos de montículos circulares, tumbas de tiro, zonas habitacionales y de producción de obsidiana a gran escala, etc. (ver Weigand 1985; 1991). Este fenómeno cultural podría definirse como de civilización incipiente, caracterizado por un protourbanismo, aunque ha sido denominado “cacicazgo” por varios autores (Sanders y Price, 1968: 117; Schöndube, 1980: 230-231); pero este calificativo es un tanto vago, por lo que habría que ser más preciso. Según Carneiro, “un cacicazgo es una unidad política autónoma formada por varias aldeas o comunidades bajo el control permanente de un jefe principal” (Carneiro, 1981: 45). Siguiendo al citado autor, existen tres tipos de cacicazgos: *mínimo*, *típico* y *máximo*. El primero apenas cumple los requisitos para ser incluido en tal categoría, mientras que el segundo posee rasgos sofisticados en muchos aspectos de su estructura social y política, pero todavía queda muy por debajo del nivel del Estado. Finalmente, un cacicazgo *máximo* es el que ha adquirido un tamaño y complejidad suficientes para aproximarse al umbral del Estado. Los ejemplos mejor conocidos de este nivel sociopolítico son probablemente Hawaii y Tahiti (Carneiro, 1981:47). De acuerdo con la evidencia arqueológica de que se dispone, es posible sugerir que en el Occidente de México —excluyendo al Estado tarasco— se tuvo en la época prehispánica un estado incipiente, similar al cacicazgo del tipo *máximo* de Carneiro. En otras regiones o épocas del noroeste mexicano, se pudo haber tenido el cacicazgo *mínimo* o bien *típico*,³ representado por multitud de comunidades que coexistían —no siempre pacíficamente—

3. Carneiro (1981: 53) menciona varios elementos diagnósticos que pueden ayudar a la identificación de cacicazgos arqueológicos, y que podrían utilizarse en el Occidente de México: 1. Presencia de arquitectura monumental, o sea restos lo suficientemente grandes y elaborados como para requerir el trabajo organizado de más gente de la que hubiera vivido en una sola aldea; 2. Identificación de centros ceremoniales: el hecho de que estos centros fuesen menores en número que las aldeas a que servían, sugeriría que éstas estaban unificadas políticamente; 3. Entierros diferenciados, en los cuales las distinciones en cantidad y calidad de ofrendas indican una categórica distinción en la *status* entre algunos pocos individuos, presumiblemente jefes o caciques, y el resto de la población; 4. Finalmente, un método menos directo para inferir la existencia de cacicazgos se basa en la frecuencia de sitios de un tamaño determinado en un sistema de asentamientos. Por ejemplo, si todos fuesen aldeas autónomas, esperaríamos que sus tamaños se distribuyeran más o menos uniformemente, mientras que los cacicazgos tienen aldeas o pueblos capitales que son considerablemente más grandes que otros asentamientos en la unidad política.

en las diversas regiones dentro de esta porción de la antigua Mesoamérica. Un ejemplo de este último caso es la costa de Michoacán-Guerrero, donde según Cabrera (1989:142-145) los asentamientos fueron pequeños, independientes entre sí, y con una división del trabajo basada en el sexo y la edad.

DESARROLLO CULTURAL PREHISPÁNICO EN EL OCCIDENTE

Durante las etapas más tempranas de la secuencia prehispánica, el Occidente de México parece haber seguido una evolución cultural un tanto independiente del resto de Mesoamérica. Uno de los complejos arqueológicos más tempranos es el de Capacha, en el Estado de Colima (fig. 3), el cual tiene pocas bases de comparación con los complejos culturales estrictamente mesoamericanos, exceptuando los estilos de El Opeño, Michoacán, y de Tlatilco, centro de México, (Kelly, 1980: 29). La fecha que se tiene para los materiales Capacha no es muy segura, pero puede ser tan temprana como 1450 a.C., (Kelly, 1980: 27-28; ver también Greengo y Meighan, 1976: 15). Más o menos contemporáneo con el anterior complejo es el de El Opeño, Michoacán, fechado hacia *ca.* 1500 a.C., y caracterizado por el uso de grandes tumbas (fig. 4). Varios rasgos cerámicos parecen ligarlo con las culturas formativas del centro de México, principalmente Tlatilco y San Pablo, Morelos (fig. 5 a-c; Oliveros, 1974: 187-191). También se han encontrado materiales de los complejos Capacha y El Opeño en la costa de Michoacán (Cabrera, 1989: 138), en la cuenca del río Tomatlán, Jalisco (Mountjoy, 1982: 325) y en el área de Teuchitlán-Etztatlán, Jalisco (Weigand, 1992 b: 221).

El contacto cultural entre el Occidente y el centro de México parece haberse incrementado considerablemente en el Formativo tardío; según Mc Bride, la tradición Chupícuaro —llamada así por el sitio de ese nombre, en Guanajuato— influyó gran parte del centro y centro-norte de México desde 500 hasta 0 a.C. (fig. 6 a-b). La zona nuclear de esta tradición parece haber sido la cuenca media del río Lerma, con el sitio mismo de Chupícuaro en el centro de la misma (Mc Bride, 1969: 33-34; 38). Según recientes estudios, lejos de ser un sistema cultural

dominante en la región, los asentamientos Chupícuaro parecen ser aldeas agrícolas simples, con poca complejidad sociopolítica (Florance, 1989: 683). Anteriormente se había propuesto que “la manifestación Chupícuaro [...] es un componente de un sistema estatal expansionista centrado en Cuicuilco” (Florance, 1985: 45), pero más recientemente ha dicho el citado autor que “ya no estoy tan seguro de que la historia cultural preclásica del sur de Guanajuato pueda ser completamente explicada por eventos en el valle de México”, sino que más bien se trata de un sistema cultural autóctono centrado en una de las cuencas asociadas con el Bajío (Florance, 1989: 684-685).

Varios siglos más tarde, durante el Clásico temprano, una tradición cultural que se extendió por gran parte de Mesoamérica fue la teotihuacana. Aunque la presencia de esta cultura es generalmente escasa al norte del río Balsas, esto no significa que este Estado no haya extendido su influencia hacia las regiones noroccidentales de México. En este sentido, sobresalen los hallazgos de cerámica teotihuacana descritos por Mc Bride (1975) Meighan (1972) y Matos y Kelly (1974) en diversas partes de Colima. En Jalisco y Nayarit la situación es resumida por Weigand con las siguientes palabras: “de la misma manera que el Formativo en el occidente de Mesoamérica estuvo bastante libre de influencias artísticas olmecas, los períodos Clásicos de la misma área muestran pocas influencias del centro de México” (Weigand, 1992 b: 227-228). En Tingambato, Michoacán, la presencia de arquitectura del tipo “talud-tablero” teotihuacano sugiere nexos culturales estrechos con el centro de México (Piña Chan y Oi, 1982), aunque la naturaleza y duración de esta relación son problemas que aguardan mayores investigaciones para ser resueltos.

Es relativamente poco lo que actualmente se conoce sobre la arqueología de Michoacán durante el período Clásico; según lo expuesto por Michelet (1990: 288):

Mucho se ha dicho que Michoacán antes del horizonte tarasco se caracterizaba por una fuerte fragmentación geo-cultural. Hoy empezamos a creer que esta visión del Clásico michoacano era tal vez sencillamente la consecuencia de la escasez de trabajos arqueológicos [...] Si bien no existió una fuerza centrípeta

potente antes del surgimiento del imperio tarasco, ciertas tendencias unificadoras se manifestaron a lo largo del primer milenio de nuestra era [...] La región de Zacapu [...] alcanzó incluso una pizca del prestigio de Teotihuacán.

Sería erróneo pensar que el Occidente fue tan fuertemente influenciado por las culturas del centro de México durante el Clásico como otras regiones de Mesoamérica, notablemente el valle de Oaxaca, las tierras altas de Guatemala o la costa del Golfo; esto es evidente al ver el cuadro de distribución de rasgos teotihuacanos en Mesoamérica (Santley, 1983: cuadro 2). Es precisamente durante este período (Preclásico tardío y Clásico temprano, o sea 500 a.C. - 600 d.C.), que el área de Jalisco-Colima-Nayarit se encontró inmersa en un desarrollo completamente local: la “tradición de las tumbas de tiro” (Galván 1991; Schöndube 1980). Pocos sitios pertenecientes a este período han sido estudiados sistemáticamente, por lo cual tenemos poca información sobre patrón de asentamientos, arquitectura, comercio u otros rasgos que nos permitieran saber más sobre la historia cultural de esta región⁴ (fig. 7 a-b y 8). Durante el período en discusión, uno de los desarrollos culturales más importantes fue el de Teuchitlán, Jalisco. Su principal investigador, Phil Weigand, ha descubierto una gran cantidad de complejos arquitectónicos, los cuales consisten en zonas ceremoniales de grandes dimensiones, compuestas por series de montículos circulares, plataformas, juegos de pelota y aparte zonas habitacionales (fig. 9; Weigand 1985, 1991, 1992 a, 1992 b). La tradición Teuchitlán parece haber sido dominante en una gran parte de Jalisco y Nayarit durante el período clásico, pero en el siglo X se colapsó de manera definitiva (Weigand, 1990: 215). En vista de que los cambios sufridos por este sistema cultural fueron tan dramáticos y definitivos y sucedieron de manera tan rápida, parece razonable suponer que fueron en parte auspiciados desde fuera de la región. Se pueden ver cambios fundamentales en la arquitectura, en el ceremonialismo funerario, en los tipos cerámicos y en el inventario general de artefactos: se introdujeron malacates (fig. 10), molcajetes y comales, y la metalurgia se expandió

4. El estudio de Jaiver Galván intitulado *Las tumbas de tiro del Valle de Atemajac, Jalisco*, es uno de los pocos trabajos sistemáticos sobre el tema (ver Galván, 1991).

de manera considerable (Weigand, 1990: 215). En conclusión, parece ser que el colapso de las culturas del postclásico temprano en la zona lacustre de los altos de Jalisco, está relacionado con el surgimiento del Estado imperial tarasco. La presencia de tan poderoso nuevo actor en el marco político del Occidente debió de haber alterado, directa o indirectamente, las estructuras socioeconómicas y políticas de toda la región occidental (Weigand, 1990: 220).

La zona norte de Mesoamérica también vio desarrollos culturales importantes en esta etapa cronológica. La Sierra del Nayar es una región abrupta y poco hospitalaria, localizada en los estados de Jalisco, Nayarit y Zacatecas (Deltour-Lévie, 1976: fig. 1). Varios sitios han sido encontrados en esta región, pero es de especial importancia uno denominado Cerro del Huistle, Jalisco. Este es un sitio extensivo y complejo (Fauconnier, 1986: fig. 2), donde han aparecido varios elementos típicos de Mesoamérica, como el Tzompantli (Hers, *et al.*, 1981: 272) el Chac mool (Hers 1989: figs. 7-11) y la “columnata” (Hers y Deltour-Lévie, 1985: 113). Cerro del Huistle es importante no sólo por la aparición tan al norte de estos rasgos típicamente mesoamericanos, sino por su fecha tan temprana en este sitio (*ca.* 600-800 d.C.; Hers *et al.*, 1981: 277). Estos descubrimientos han permitido a su autora afirmar que “la larga maduración de esos tres elementos [tzompantli, chacmool y columnata] [...] a lo largo de todo el primer milenio y su aparición en Tula (sin antecedentes locales) [...] fundamentan ampliamente la posición de un origen septentrional para esas manifestaciones particulares [...]” (Hers, 1989: 184). Estas mismas ideas son secundadas por Braniff, quien dice que “el burdo chacmool y tzompantli de Huejuquilla, Jalisco, el tzompantli de Chalchihuites, los chacmooles de piedra y cerámica de Snaketown, Arizona, [...] así como los cascabeles de cobre, la turquesa y el culto a Tezcatlipoca son más antiguos en el norte que en Mesoamérica”, todo esto apoya la idea de una cultura prototolteca norteña, que a “inicios del Postclásico irrumpe en los valles centrales, específicamente en Tula, Hidalgo” (Braniff, 1989: 108).

Entre los escasos trabajos arqueológicos realizados en el noroccidente de México, hay que mencionar el de María Teresa Cabre-ro —en la cuenca del Río Bolaños, norte de Jalisco y suroeste de

Zacatecas. En esta región, la citada autora ha encontrado un “conjunto de elementos arqueológicos que sugiere un nivel de integración social comparable al de cacicazgo” (Cabrero, 1989: 317). El patrón de asentamientos prehispánico en esta zona se caracteriza por un centro de control en cada valle y otro dentro del cañón; cada uno de estos centros consta de una zona cívico-religiosa circundada por un área residencial y un área habitacional externa a las dos anteriores; además, existieron aldeas dependientes de los centros de control, rancherías especializadas en la agricultura y puestos de vigía ubicados en lugares estratégicos (Cabrero, 1989:318). La “cultura Bolaños”, según la citada autora,

pudo haber sido producto de una expansión de los habitantes de Magdalena, Jalisco, con la finalidad de entablar contacto con la cultura de Chalchihuites, localizada cerca de la frontera norte de Mesoamérica, y así establecer un intercambio comercial con esa última región exportadora de recursos minerales diversos (Cabrero, 1989: 325).

Durante el Postclásico temprano (*ca.* 900-1200 d.C.) el Occidente de México experimentó un considerable aumento en la influencia cultural del centro de México. Las tumbas de tiro ya habían dejado de utilizarse desde varios siglos atrás y una nueva tradición puede observarse en el área Jalisco-Colima-Nayarit. De hecho, estas fuertes influencias del centro de México aparecen en el Occidente durante el siglo VII, si no es que antes (Meighan, 1976: 161), y se caracterizan principalmente por la introducción de conjuntos de montículos y plazas planificados y orientados hacia las direcciones cardinales (fig. 11).

Los cambios que se notan a partir de 900 d.C., son tan generalizados y fundamentales, que no se pueden explicar por la aceptación pasiva de rasgos de otra área, sino que [...] una expansión militar-religiosa es probable y se asemeja a los acontecimientos que tenían lugar en la zona maya (Meighan, 1976: 161).

Durante el período Postclásico en el Occidente es común, en muchas zonas, la cerámica con los elementos estilísticos de la tradición Mixteca-Puebla (figs. 12, 13 a-b). Este hecho es señal de una influencia (a partir del 900 d.C.) que pudo haber sido en parte religiosa, en parte militar y en parte mercantil, emanando desde el centro de México.

Aunque no se puede hablar de un “imperio”, la cerámica, la iconografía, los patrones comunitarios y la mayoría de los objetos manufacturados revelan la influencia del altiplano central (Meighan, 1974: 1259). Para Nicholson (1982: 229) la tradición Mixteca-Puebla es un “horizonte-estilo”, pues tiene una distribución temporal limitada, una distribución espacial amplia así como una complejidad estilística y atributos generales únicos. La tradición Mixteca-Puebla fue un fenómeno panmesoamericano, apareciendo desde el norte de México hasta Nicaragua (Nicholson, 1981: 253).

Uno de los ejemplos mejor conocidos de presencia Mixteca-Puebla en el Occidente, es el complejo Aztatlán de Guasave, Sinaloa. De acuerdo con Gordon Ekholm, “considerando simplemente el número de rasgos compartidos entre la cultura del complejo Aztatlán de Guasave y las varias culturas del centro de México, no puede haber duda de la filiación cultural entre ambas áreas” (Ekholm, 1942: 126). Otros ejemplos de estilos cerámicos con parecido al Mixteca-Puebla fueron encontrados en Chametla (Kelly, 1938: figs. 1 y 8) y Culiacán (Kelly, 1945: figs. 19-37 y láminas 1, 2, 4), ambos en el Estado de Sinaloa. Durante el Postclásico temprano, los rasgos Mixteca-Puebla “estaban siendo transmitidos hacia el Occidente de México a lo largo de una ruta bien organizada, vía las cuencas de los ríos Lerma y Santiago”. La antigüedad de esta ruta se pudo haber remontado hacia 600 d.C., y su inicio pudo haber estado relacionado con la “aparición de la metalurgia en la costa occidental” (Publ, 1986: 26).⁵

Según Joseph Mountjoy, Aztatlán fue la cultura arqueológica más difundida en el Occidente de México, y estuvo asociada con el desarrollo y distribución de tecnologías avanzadas, como la metalurgia (fig. 14) y la fabricación de navajas prismáticas de obsidiana, así como en algunos sitios pipas y malacates, tal vez relacionados con la industria textil y el cultivo del tabaco, respectivamente. La decoración de vasijas con

5. Kelley menciona la existencia de un “camino del cobre”, que representaba un sistema de explotación y redistribución involucrado en el comercio de la turquesa y en la metalurgia de cobre. El comercio en esta ruta incluía “algodón y textiles del Occidente de México y otros recursos materiales, como plomo, estaño, probablemente oro y con seguridad pericos en el norte” (Kelley, manuscrito citado en Publ 1986: 46-47).

diseños estilo códice, la presencia de cerámica *plumbate* y el uso de figurillas estilo Mazapa, indican eslabones con las culturas postclásicas del altiplano central (Mountjoy, 1990: 543). La cultura Aztatlán ha sido fechada hacia 800-1400 d.C., y se han encontrado materiales diagnósticos de ella en Sinaloa, Nayarit, Jalisco, Michoacán y aún en regiones tan lejanas como Durango, Chihuahua y Nuevo México (Mountjoy, 1990: 542).

Durante el postclásico tardío (*ca.* 1200-1521), una buena parte del Occidente de México se encontró bajo el dominio del Estado tarasco. Para 1350, la unificación de comunidades previamente autónomas había transformado a la cuenca del lago de Pátzcuaro en el núcleo geopolítico de un Estado territorial, mismo que se expandió hasta cubrir un área de *ca.* 75 mil kilómetros cuadrados (Pollard, 1988). La cuenca de Cuitzeo contó con la presencia de los tarascos por lo menos durante los últimos 300 años anteriores a la conquista española, pero también se encuentran materiales de las culturas del Altiplano, tanto teotihuacanos como toltecas. En términos generales, puede hablarse de la presencia de tres grupos humanos identificados por los restos arqueológicos en esta zona: 1) el local, en el que predominan vasijas, cajetes y ollas, de manufactura muy pobre; 2) los grupos del centro de México, identificados por algunas formas y tipos como el “anaranjado delgado” de Teotihuacán, y figurillas tanto teotihuacanas como toltecas; 3) la cultura tarasca, cuyos restos incluyen objetos de metal (fig. 15 a-b), cerámica policroma (fig. 16 a-b), arquitectura de plataformas artificiales con basamentos para templos, entre otros rasgos diagnósticos (Macías, 1989: 175).

CONCLUSIONES

El Occidente de México formó parte integral de Mesoamérica, como un componente más de los muchos que conformaron a esta superárea cultural. Aunque durante las épocas tempranas del desarrollo cultural mesoamericano —principalmente los períodos Formativo y Clásico— la zona de Jalisco-Colima-Nayarit tuvo una evolución un tanto independiente de la “Mesoamérica nuclear”, al paso de los siglos las culturas de Occidente sufrieron una “mesoamericanización”, misma que se ha

definido por la aparición de varios rasgos típicamente mesoamericanos, que según Mountjoy (1991: 21) son los siguientes: artefactos ‘olmecoides’, cerámica anaranjado delgado, arquitectura con talud-tablero, cerámica *cloisonné*, sacrificios humanos, el *tzompanlli*, figurillas de cerámica del tipo Mazapa, cerámica *plumbate*, diseños en la cerámica similares a los de los códices mixtecos, representaciones de varias deidades del centro de México, y finalmente la utilización de estelas.

Mesoamérica ha sido concebida como un “sistema mundial” (ver, por ejemplo, a Blanton *et al.*, 1981), en el cual la cultura mesoamericana prototípica tuvo distintos grados de intensidad en diversas áreas culturales a través del tiempo. Un sistema mundial puede dividirse en estados del centro y áreas periféricas, con áreas semiperiféricas que están entre el núcleo y la periferia en una serie de dimensiones, tales como la complejidad de las actividades económicas, la fuerza del aparato del Estado, la integridad cultural, etc. (Wallerstein, 1979: 492). Siguiendo estas ideas, puede proponerse que el Occidente fue un área semiperiférica de Mesoamérica durante parte de su secuencia cultural (Formativo-Clásico),⁶ para posteriormente pasar a ser un componente más de la superárea cultural, al completarse el proceso de ‘mesoamericanización’ que duró varios siglos. No hay que olvidar, sin embargo, que durante este largo proceso de contacto cultural entre el centro y la periferia mesoamericanos, el Occidente y norte de México nunca fueron meros receptores pasivos de las ‘influencias’ del centro, sino que también aportaron lo propio a la creación del mundo mesoamericano.

6. Phil Weigand, sin embargo, no acepta esta idea del Occidente como ‘periferia’, y dice lo siguiente al respecto [traducción del autor]:

El clasificar al Occidente como una semi-periferia durante los períodos Formativo/Clásico tiene que basarse en las ideas sobre qué es lo que constituye una metrópoli (Braudel, Wallerstein). Los criterios deben ser objetivos y comparables desde el inicio, y no fabricarse a partir de una noción preconcebida de dónde estaba la metrópoli. De hecho, usando una descripción sociológica del Occidente antiguo, esta zona califica, al igual que Oaxaca, para la inclusión dentro de la metrópoli durante estos tiempos. El hecho de que el Occidente sufrió cambios radicales durante el Epiclásico y Postclásico tardío, estructurados según modelos del centro de México, no la hace distinta del área maya, misma que sufrió el mismo tipo de cambios, y no por ello hablamos de la “mesoamericanización” de los mayas para el Postclásico tardío (Weigand, carta fechada el 20 de febrero, 1992).

Todavía es muy limitado nuestro conocimiento sobre las culturas prehispánicas de la gran región que conocemos como Occidente de México: el mapa arqueológico de esta gran expansión de terreno está lleno de vacíos, de tal suerte que recuerda las palabras de Jonathan Swift referentes a los mapas de Africa existentes en el siglo XVIII, que también se caracterizaban por estar bastante incompletos:

So Geographers in *Afric*-Maps
With Savage-Pictures fill their Gaps;
And o'er uninhabitable Downs
Place Elephants for want of Towns.

Jonathan Swift, 1733

Es de esperarse que futuras investigaciones contribuyan de una manera creciente a la acumulación de conocimientos sobre el Occidente de México, pues no podemos esperar comprender cabalmente a los pueblos del México antiguo sin conocer a fondo una de las regiones más grandes y diversas de Mesoamérica.

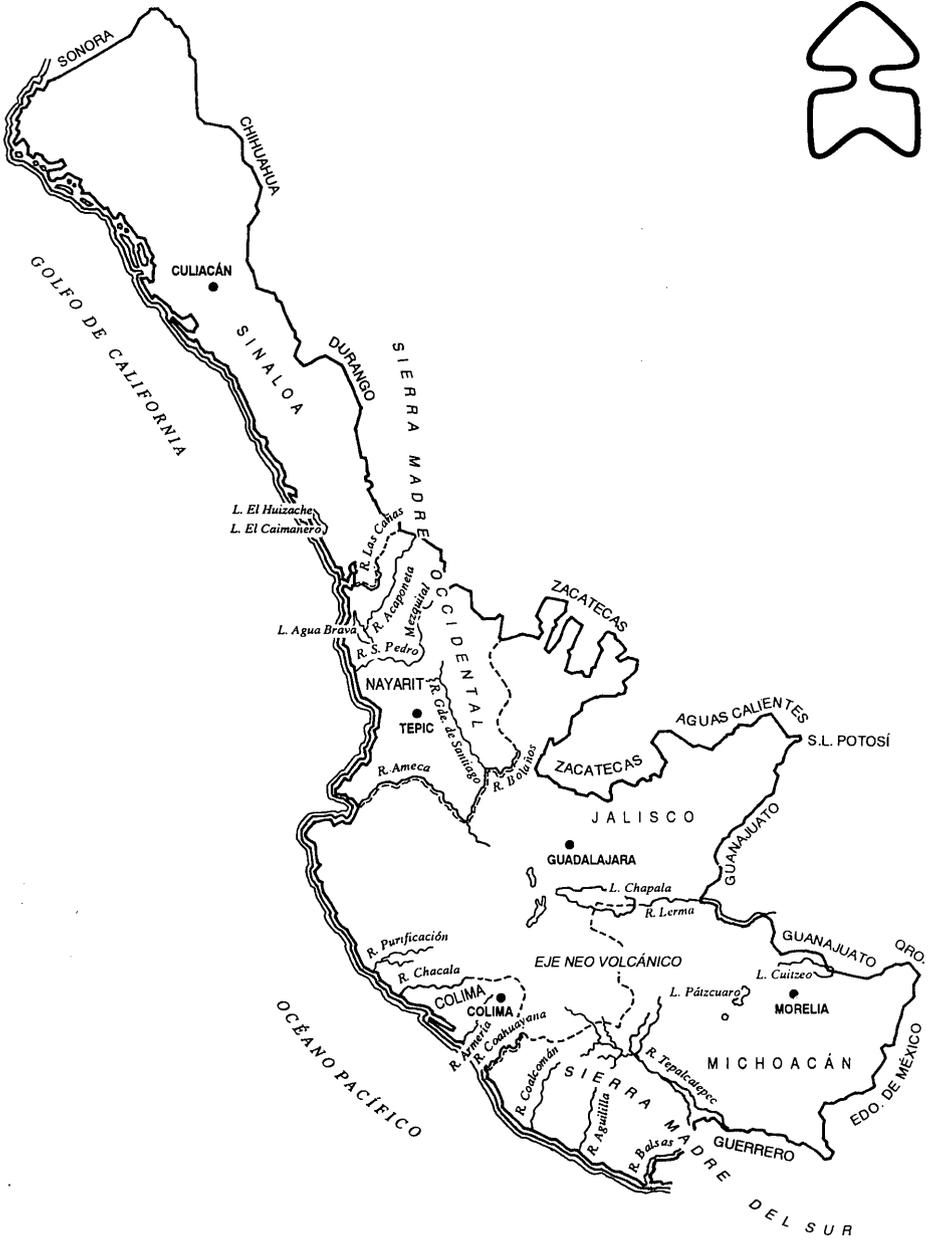


Fig. 1. Mapa del Occidente de México.

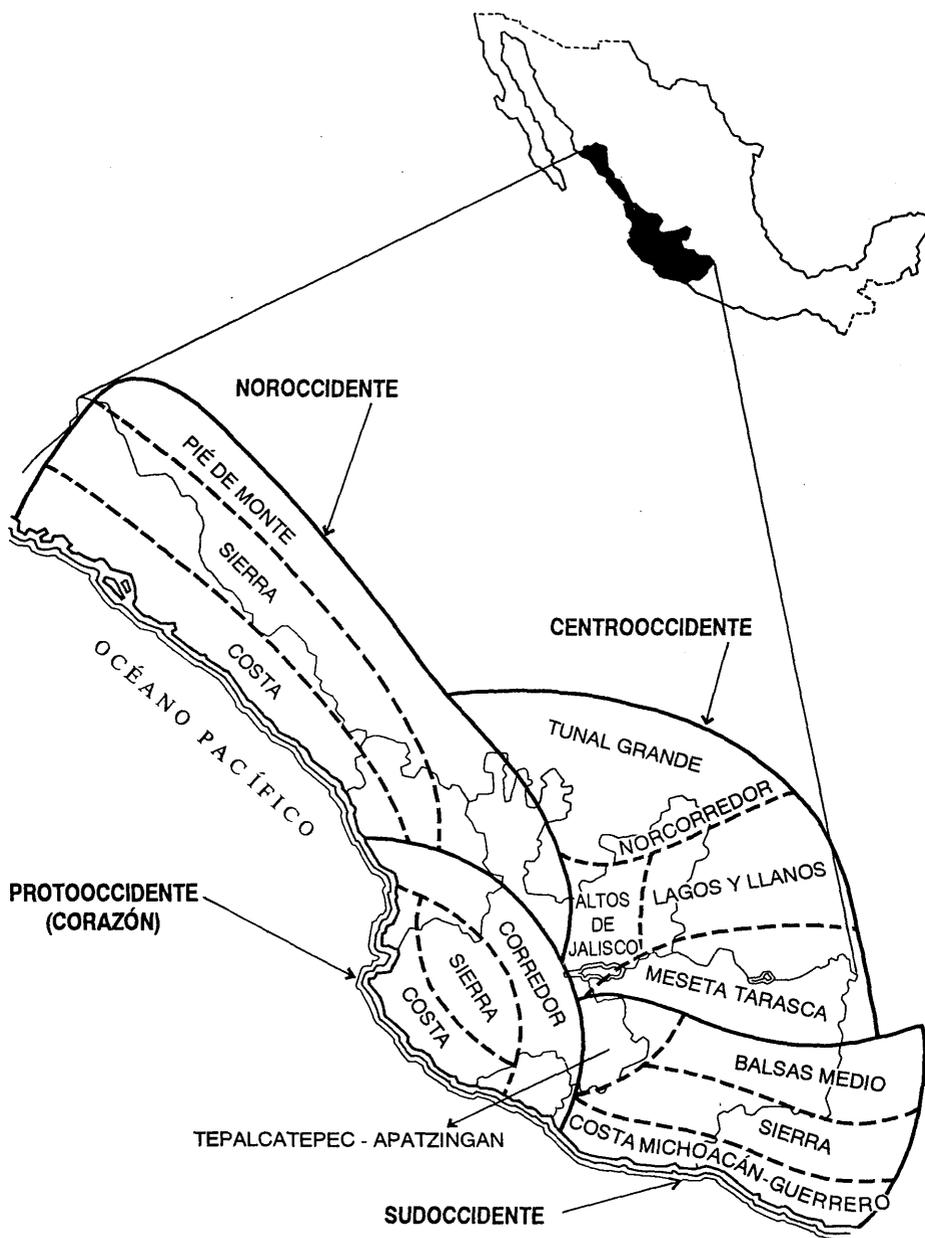


Fig. 2. Subáreas culturales del Occidente de México, (según Jiménez Moreno).

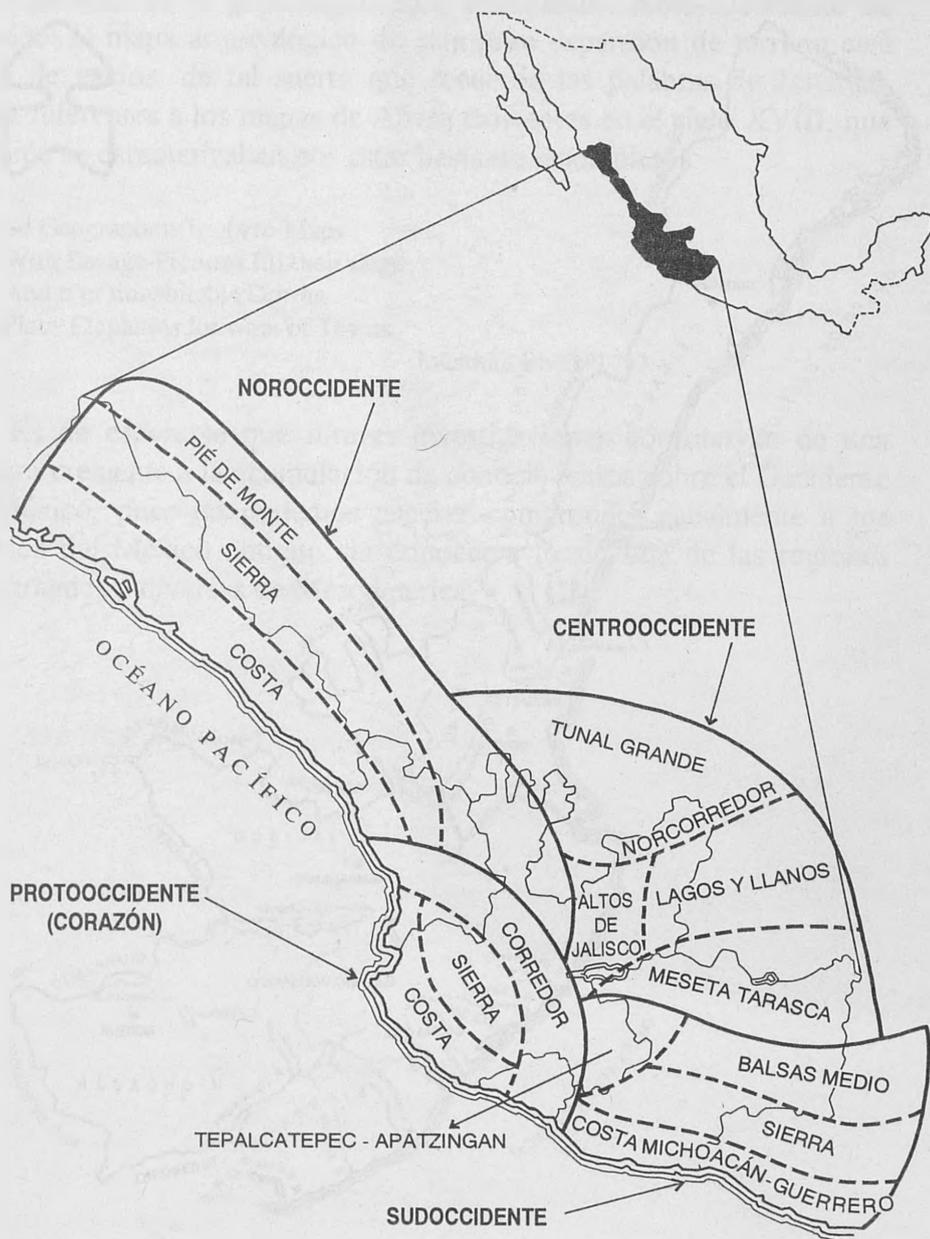


Fig. 2. Subáreas culturales del Occidente de México, (según Jiménez Moreno).

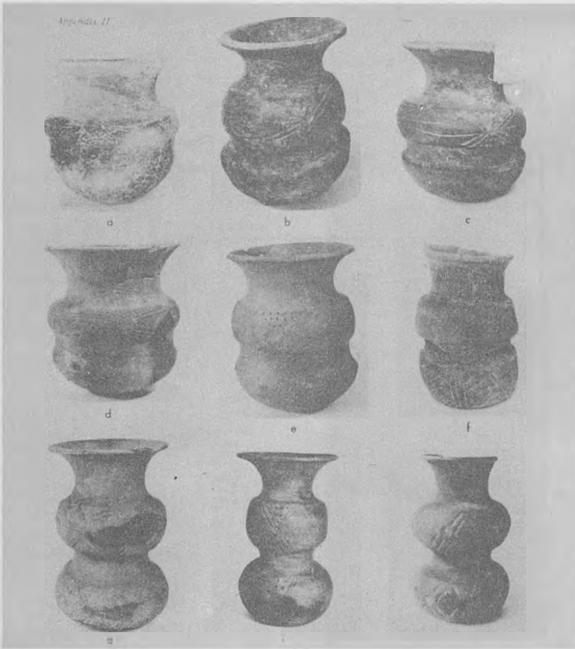


Fig. 3. Cerámica del complejo Capacha, Colima (según Kelly, 1980: Figs. 17 y 26).

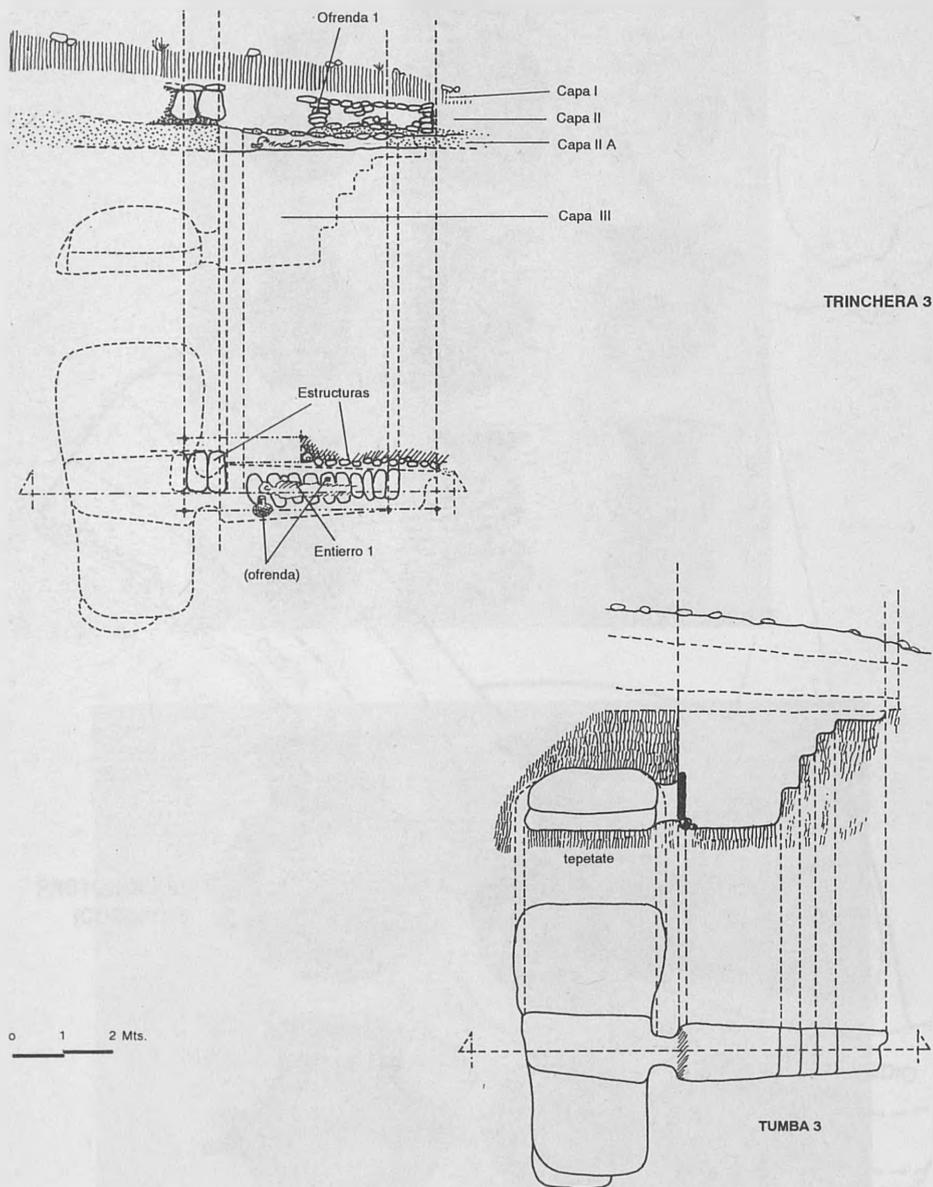


Fig. 4. Tumba de El Opeño, Michoacán (según Oliveros, 1974: Fig. 6).



a



b



c

Fig. 5. Cerámica de El Opeño, Michoacán (a y b: figurillas, c: recipiente y fragmentos con líneas incisas y pintura roja o guinda. Según Oliveros, 1989: 128-131).

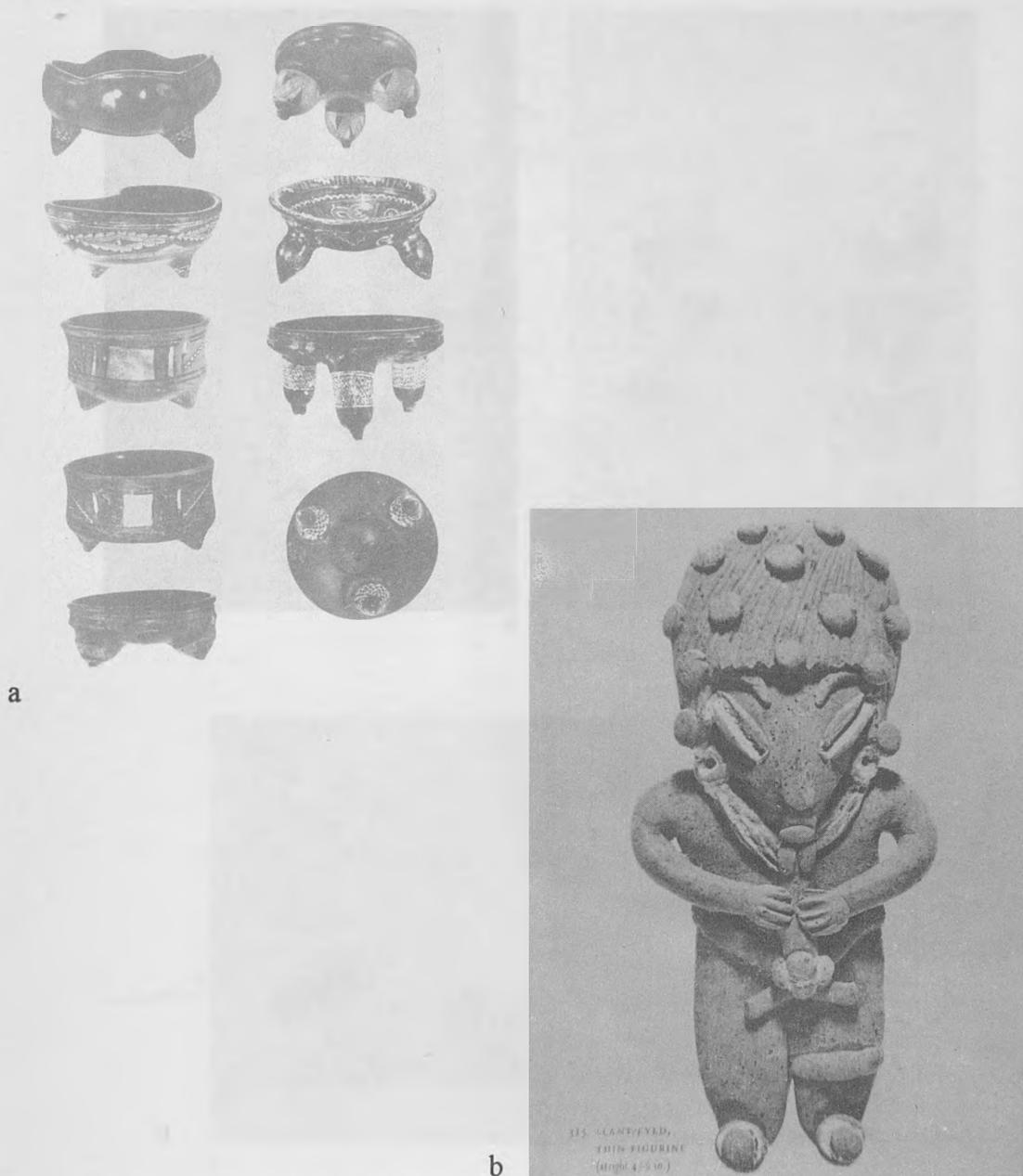


Fig. 6. Cerámica de Chupícuaro, Guanajuato. a: diferentes formas de recipientes; b: figurilla antropomorfa. (Según Frierman, 1969: fig. 154 y 315).



a



b

Fig. 7 a-b. Cerámica de la tradición de las “tumbas de tiro” (según Gallagher, 1983: Figs. 99 y 104).



Fig. 8. Figura antropomorfa, tradición de las “tumbas de tiro”, Jalisco (según Gallagher, 1983, figura en portada).

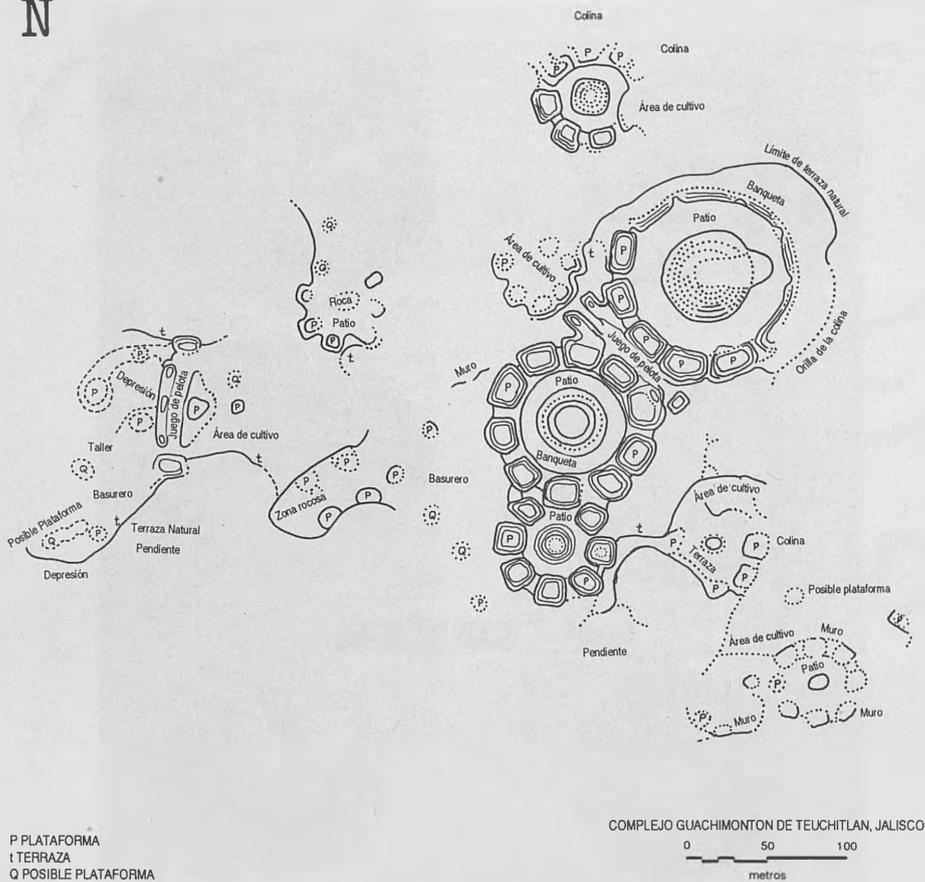


Fig. 9. Teuchitlán, Jalisco, conjuntos arquitectónicos circulares (según Weigand 1985: Fig. 11).

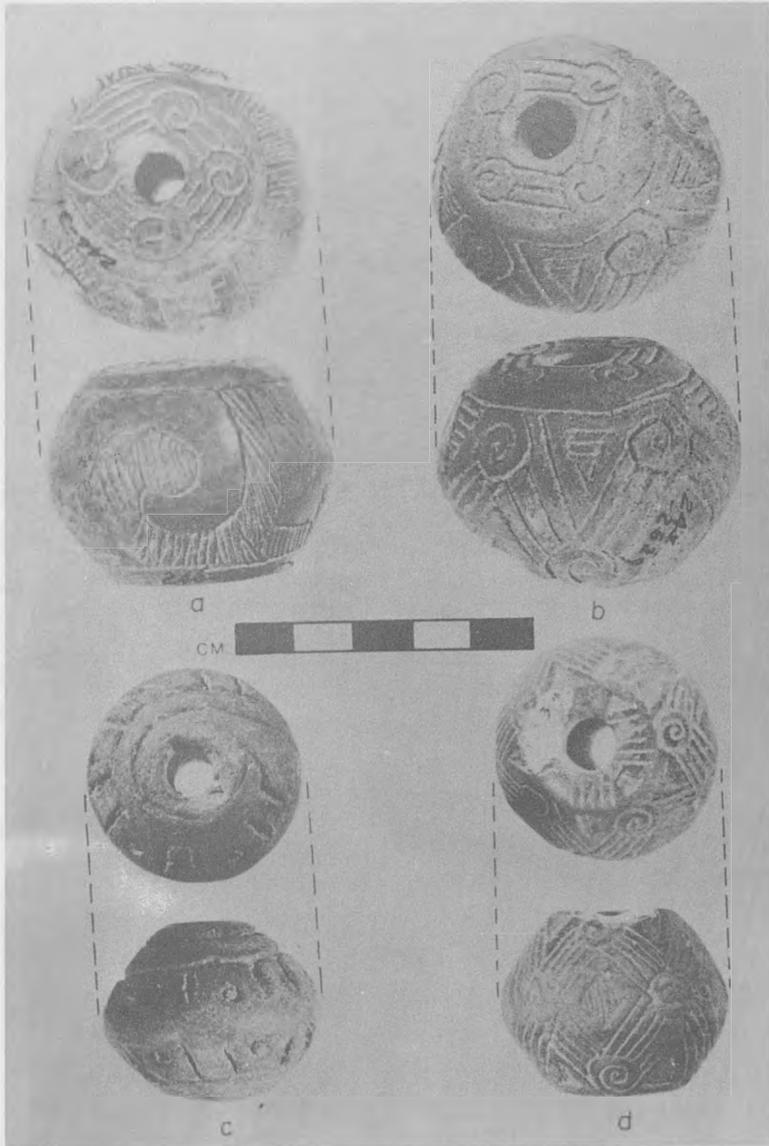


Fig. 10. Malacates de cerámica encontrados en Amapa, Nayarit (según Meighan, 1976: Fig. 64).

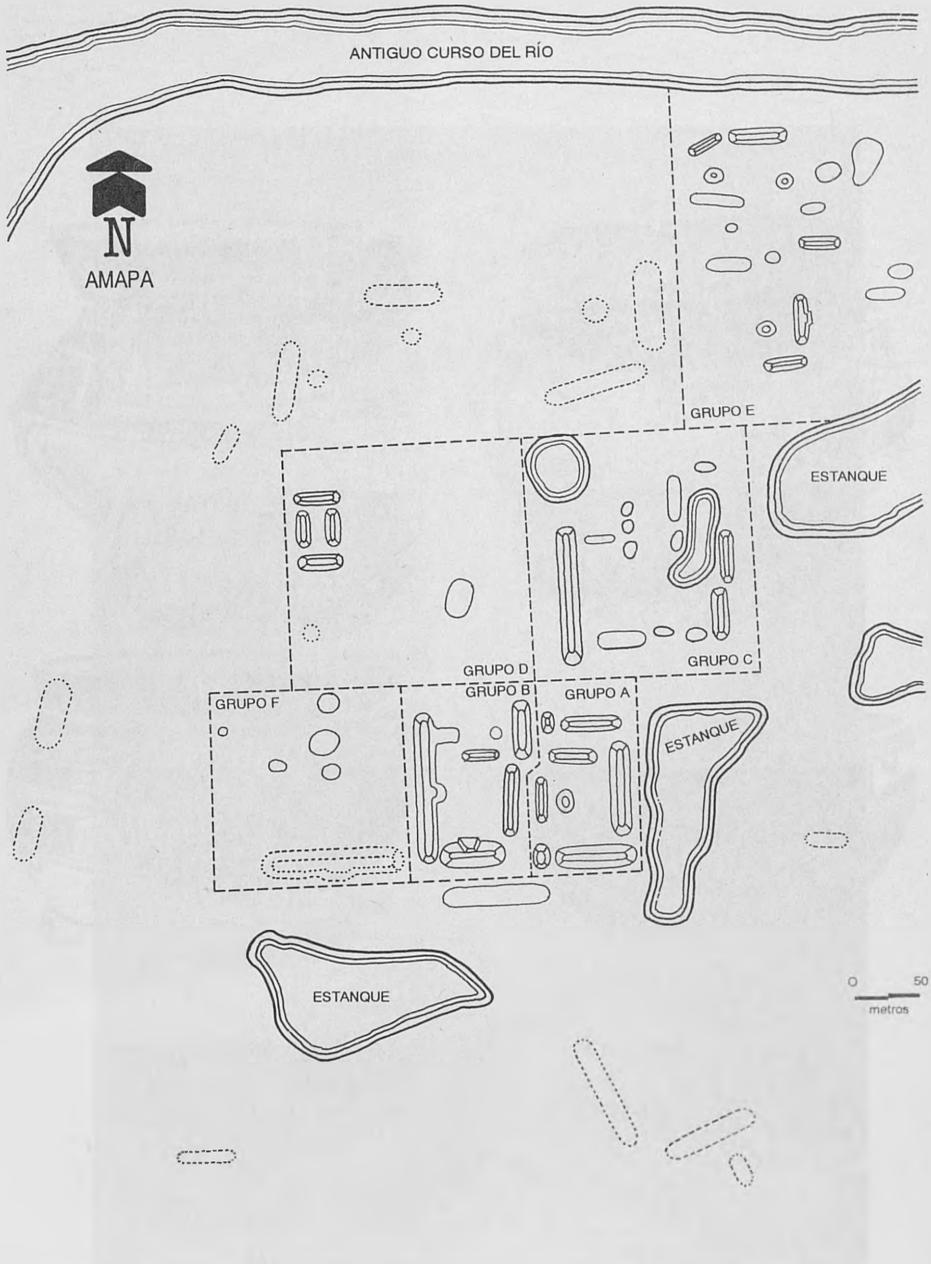


Fig. 11. Mapa parcial de Amapa, Nayarit (según Meighan, 1976: Mapa 2).

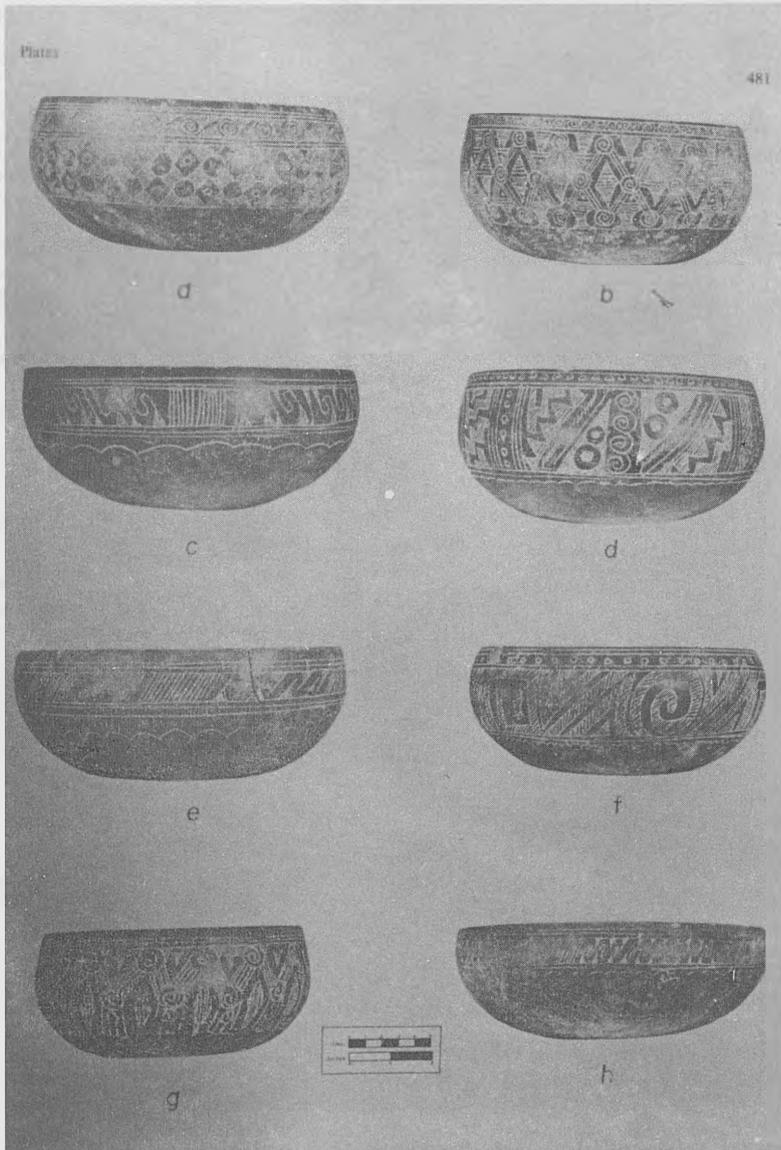


Fig. 12. Cerámica de Amapa, Nayarit (según Meighan, 1976: Fig. 175).

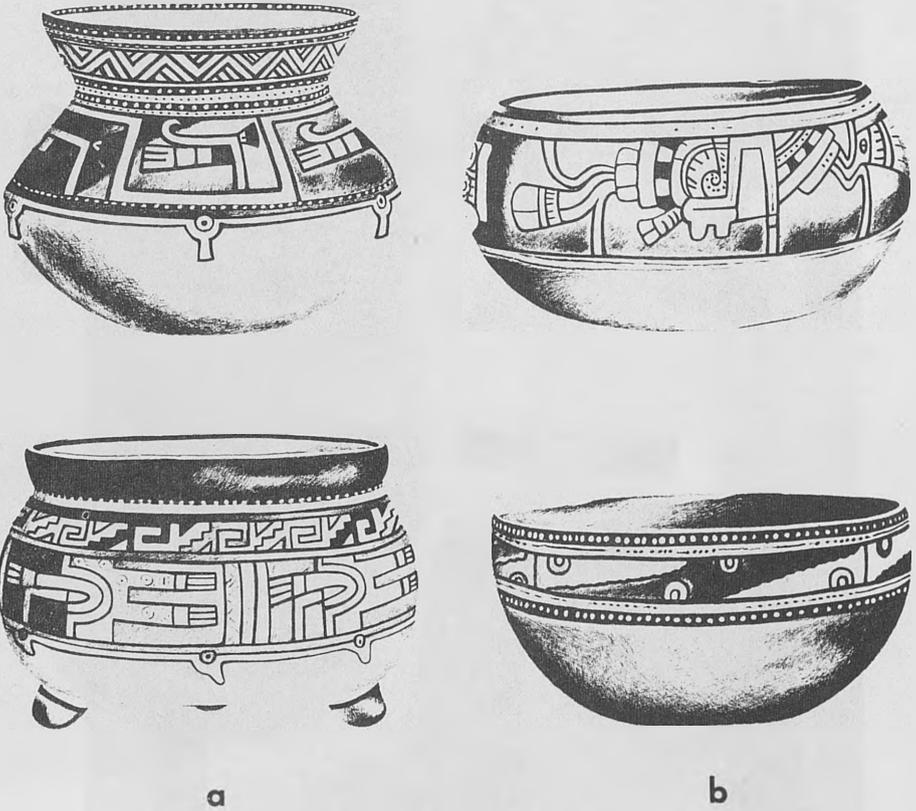


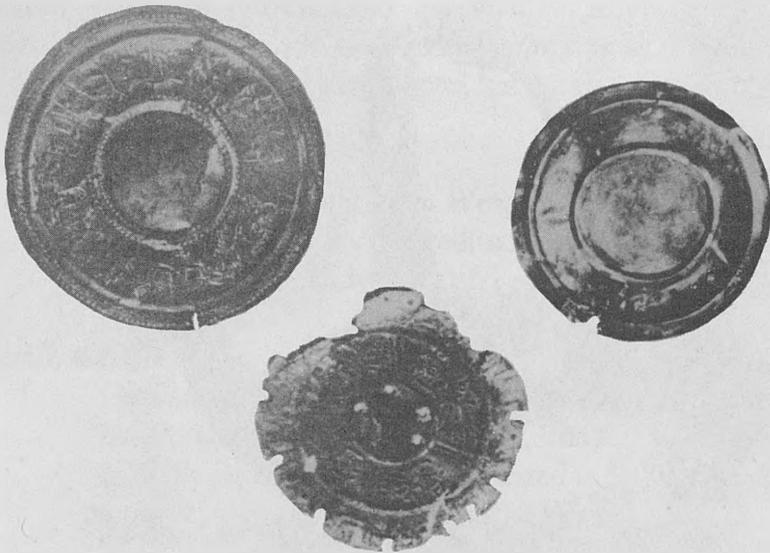
Fig. 13 a-b. Cerámica del complejo Aztatlán (según Meighan, 1971: Figs. 7-8).



Fig. 14. Pinzas de metal procedentes de Amapa, Nayarit (según Meighan, 1976: Fig. 102).



a



b

Fig. 15. Artefactos de metal de Michoacán; a: instrumentos de corte y “hacha moneda”; b: discos de lámina de oro (según Castro Leal, Díaz y García, 1989: 222, 233).



Fig. 16. Cerámica tarasca; a: pipas, b: vasija de asa de estribo y vertedera (según Castro-Leal, Díaz y García, 1989: 244-245).

AGRADECIMIENTOS

Agradezco al Dr. Phil C. Weigand haber leído una versión previa de este trabajo y sus extensos comentarios al mismo. He hecho algunas modificaciones al texto original con base en las ideas que Phil me ha expresado, pero la responsabilidad por lo escrito es del autor solamente.

BIBLIOGRAFÍA

Acuña, René (editor)

1987 "Relación de la villa de Zacatula" en *Relaciones geográficas del siglo XVI: Michoacán*, pp.439-462, [originalmente escrita en 1580], UNAM, México.

Blanton, R.E., S. Kowalewski, G. Feinman y J. Appel

1981 *Ancient Mesoamerica: a comparison of change in three regions*, University of Cambridge Press.

Brand, Donald D.

1971 "Ethnohistoric synthesis of Western Mexico" en *Handbook of Middle-American Indians*, editado por Robert Wauchope, vol. 11, pp. 632-651, University of Texas Press.

Braniff, Beatriz

1974 "Oscilación de la frontera septentrional mesoamericana" en *The archaeology of West Mexico*, editado por Betty Bell, pp. 40-50, Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, Ajijic, Jalisco.

1989 "Oscilación de la frontera norte mesoamericana: un nuevo ensayo", *Arqueología*, segunda época, vol. 1, pp. 99-114, México, INAH.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco al Dr. Phil C. Weigand haber leído una versión previa de este trabajo y sus extensos comentarios al mismo. He hecho algunas modificaciones al texto original con base en las ideas que Phil me ha expresado, pero la responsabilidad por lo escrito es del autor solamente.

BIBLIOGRAFÍA

Acuña, René (editor)

1987 "Relación de la villa de Zacatula" en *Relaciones geográficas del siglo XVI: Michoacán*, pp.439-462, [originalmente escrita en 1580], UNAM, México.

Blanton, R.E., S. Kowalewski, G. Feinman y J. Appel

1981 *Ancient Mesoamerica: a comparison of change in three regions*, University of Cambridge Press.

Brand, Donald D.

1971 "Ethnohistoric synthesis of Western Mexico" en *Handbook of Middle-American Indians*, editado por Robert Wauchope, vol. 11, pp. 632-651, University of Texas Press.

Braniff, Beatriz

1974 "Oscilación de la frontera septentrional mesoamericana" en *The archaeology of West Mexico*, editado por Betty Bell, pp. 40-50, Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, Ajijic, Jalisco.

1989 "Oscilación de la frontera norte mesoamericana: un nuevo ensayo", *Arqueología*, segunda época, vol. 1, pp. 99-114, México, INAH.

Bray, Warwick

1972 "The city state in central Mexico at the time of the Spanish conquest", *Journal of Latin American Studies*, no. 4, vol. 2, pp. 161-185.

1979 "From village to city in Mesoamerica" en *The origins of civilization: Wolfson College lectures 1978*, editado por P.R.S. Moorey, pp.78-102, Clarendon Press, Oxford.

Cabrera, Rubén

1989 "La costa de Michoacán en la época prehispánica" en *Historia general de Michoacán*, Enrique Florescano, coordinador general, vol. 1, pp. 135-154, Gobierno del Estado de Michoacán/Instituto Michoacano de Cultura.

Cabrero, María Teresa

1989 *Civilización en el norte de México: arqueología de la cañada del río Bolaños (Zacatecas y Jalisco)*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Serie Antropológica, 103, UNAM, México.

Craine, Eugene R. y R.C. Reindrop (editores)

1970 *The chronicles of Michoacán*, University of Oklahoma Press.

Carneiro, Robert L.

1981 "The chiefdom: precursor of the state" en *The transition to statehood in the New World*, editado por G.D. Jones y R.R. Kautz, pp. 37-79, Cambridge University Press.

Castro Leal, Marcia, Clara L. Díaz y Ma. Teresa García

1989 "Los tarascos", en *Historia general de Michoacán*, coordinado por E. Florescano, vol. 1, pp.193-304. Gobierno del Estado de Michoacán/Instituto Michoacano de Cultura.

Childe, V. Gordon

1981 *Man makes himself*, Moonraker Press, Bradford-on-Avon. [Publicado originalmente en 1956].

Deltour-Levie, C.

1976 "Mission archeologique au Mexique. Rapport provisoire des campagnes 1974 et 1975." *Revue des archeologues et historiens d'art de Louvain*, vol. IX, pp. 216-223.

Diehl, Richard A.

1983 *Tula: the Toltec capital of ancient Mexico*, Thames and Hudson, Londres.

Drucker, Philip

1981 "On the nature of Olmec polity", en *The Olmec and their neighbors*, editado por E.P. Benson, pp. 29-48, Dumbarton Oaks, Washington.

Ekholm, Gordon

1942 *Excavations at Guasave, Sinaloa, Mexico*. Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, vol. 38, part. 2, New York.

Fauconnier, Françoise

1986 "Rapport preliminaire concernant les quatrieme et cinquieme campagnes de fouilles au Cerro del Huistle (Mexique)", *Revue des archeologues et historiens d'art de Louvain*, vol. XIX, pp. 100-113.

Flannery, Kent V.

1979 "The cultural evolution of civilizations" en *Ancient cities of the Indus*, editado por G.L. Possehl, pp. 27-43, Vikas Publishing House, India.

Florance, Charles A.

1985 "Recent work in the Chupícuaro region" en *The archaeology of West and Northwest Mesoamerica*, editado por M.S. Foster y P.C. Weigand, pp. 9-46, Westview, Boulder y Londres.

1989 *A survey and analysis of late and terminal Preclassic settlement along the Lerma river in southeastern Guanajuato, Mexico*, (2 vols.) tesis doctoral, Universidad de Columbia, University Microfilms International, Ann Arbor, Michigan.

Frierman, Jay D. (editor)

1969 *The Natalie Wood collection of Pre-Columbian ceramics from Chupícuaro, Guanajuato, Mexico, at UCLA*, University of California, Los Angeles.

Gallagher, Jacki

1983 *Companions of the dead: ceramic tomb sculpture from ancient West Mexico*, Museum of Cultural History, UCLA.

Galván, Luis Javier

1991 *Las tumbas de tiro del Valle de Atemajac, Jalisco*. Colección Científica, Serie Arqueología. INAH, México.

Gorenstein, Shirley y H.P. Pollard

1983 *The Tarascan civilization: a late Prehispanic cultural system*, Vanderbilt University Publications in Anthropology, 28, Nashville, Tenn.

Greengo, Robert y C.W. Meighan

1976 "Additional perespective on the Capacha complex of western Mexico", *Journal of New World Archaeology*, no. 1 vol. 5, pp. 15-23.

Guevara, Fernando

1989 “Los factores físico-geográficos”, en *Historia general de Michoacán*, Enrique Florescano, editor, vol. 1, pp. 7-34, Gobierno del Estado de Michoacán/Instituto Michoacano de Cultura.

Harbottle, Garman y P.C. Weigand

1992 “Turquoise in Pre-Columbian America”, *Scientific American*, 266 (2), pp. 78-85.

Hers, Marie Areti

1989 *Los toltecas en tierras chichimecas*. Cuadernos de historia del arte, vol. 35, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, México.

Hers, Marie Areti y C. Deltour-Levie

1985 “Dix ans de recherches archeologiques belges dans la Sierra del Nayar (Mexique)”, *Bulletin des Musees Royaux d'Art et d'Histoire*, no. 56, vol. 1, pp. 105-117.

Hers, Marie-Areti, M. Callut y N. Reginster

1981 “Premiere campagne de fouilles au Cerro del Huistle (Huejuquilla el Alto, Jalisco, Mexique)”, *Revue des archeologues et historiens d'art de Louvain*, vol. XIV, pp. 267-279.

Hosler, Dorothy

1988 “Ancient West Mexican metallurgy: a technological chronology”, *Journal of field archaeology*, no. 15, vol. 2, pp. 191-217.

Jiménez Moreno, Wigberto

1975 “Mesoamérica” en *Enciclopedia de México*, vol. VIII, pp. 471-483. México.

1985 “El Occidente de México”, trabajo presentado en la XVIII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, Taxco, Gro.

Kelley, J. Charles

1974 “Speculations on the culture history of northwestern Mesoamerica” en *The archaeology of West Mexico*, editado por Betty Bell, pp. 19-39, Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, Ajijic, México.

1978 “Mesoamerica and the Southwestern United States”, en *Handbook of Middle-American Indians*, editado por R. Wauchope, vol. 4, pp. 95-110, University of Texas Press.

Kelly, Isabel T.

1938 *Excavations at Chametla, Sinaloa*, Ibero-Americana, vol. 14, University of California Press, Berkeley.

1945 *Excavations at Culiacán, Sinaloa*, Ibero-Americana, vol. 25, University of California Press, Berkeley y Los Angeles.

1980 *Ceramic sequence in Colima: Capacha, an early phase*, Anthropological Papers of the University of Arizona, no. 37, Tucson, Arizona.

Litvak King, Jaime

1975 “En torno al problema de la definición de Mesoamérica”, *Anales de Antropología*, vol. XII, pp. 171-195. UNAM: México.

Longacre, R.

1967 “Systematic comparison and reconstruction”, en *Handbook of Middle-American Indians*, editado por R. Wauchope, vol. 5, pp. 117-160, University of Texas Press.

Macías G., Angelina

1989 “La cuenca de Cuitzeo” en *Historia general de Michoacán*, Enrique Florescano, coordinador general, vol. 1, pp. 169-190, Gobierno del Estado de Michoacán/Instituto Michoacano de Cultura.

Marcus, Joyce

1983 “On the nature of the Mesoamerican city” en *Prehistoric settlement patterns: essays in honor of Gordon R. Willey*, editado por Evon Z. Vogt y R.M. Leventhal, pp. 195-242, University of New Mexico Press/Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Harvard University.

Matos Moctezuma, Eduardo e Isabel Kelly

1974 “Una vasija que sugiere relaciones entre Teotihuacán y Colima”, en *The archaeology of West Mexico*, editado por B. Bell, pp. 202-205, Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, Ajijic, México.

Mc Bride, H.W.

1969 “The extent of the Chupícuaro tradition”, en *The Natalie Wood collection of Pre-Columbian ceramics from Chupícuaro, Guanajuato, Mexico, at UCLA*, editado por J. Frierman, pp. 5-15, University of California Press, Los Angeles.

1975 “Cerámica estilo teotihuacano en Colima”, *Anales del INAH*, 7a. época, vol. IV, pp. 37-44, México.

Meighan, Clement W.

1969 “Cultural similarities between western Mexico and Andean regions” en *Pre-Columbian contact within Nuclear America*, editado por J.C. Kelley y C.L. Riley, pp. 11-25, Mesoamerican studies, no. 4. Southern Illinois University.

1971 “Archaeology of Sinaloa” en *Handbook of Middle American Indians*, editado por R. Wauchope, vol. 1, pp. 754-767. University of Texas Press.

1972 *Archaeology of the Morett site, Colima*, University of California Publications in Anthropology, no. 7, University of California Press.

1974 “Prehistory of West Mexico”, *Science*, no. 184, pp. 1254-1261.

Meighan, Clement W. (editor)

1976 *The archaeology of Amapa, Nayarit*. Monumenta archaeologica, vol. 2. The Institute of Archaeology, University of California, Los Angeles.

Meighan, Clement W. y Henry B. Nicholson

1970 “The ceramic mortuary offerings of prehistoric West Mexico: an archaeological perspective”, en *Sculpture of ancient West Mexico, Nayarit, Jalisco, Colima: the Proctor-Stafford collection*, pp.17-32, Los Angeles County Museum of Art, Los Angeles, California.

Michelet, Dominique

1990 “El centro-norte de Michoacán en el Clásico: algunas reflexiones”, en *La época clásica: nuevos hallazgos, nuevas ideas*, editado por Amalia Cardós de Méndez, pp. 279-291. INAH, México.

Mountjoy, Joseph B.

1974 “San Blas complex ecology” en *The archaeology of West Mexico*, editado por Betty Bell, pp. 106-119, Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, Ajijic, México.

- 1978 “Prehispanic cultural contact on the south-central coast of Nayarit, Mexico”, en *Mesoamerican communication routes and cultural contacts*, editado por T.A. Lee y C. Navarrete, pp. 127-140, New World Archaeological Foundation, Provo, Utah.
- 1982 *Proyecto Tomatlán de salvamento arqueológico*. Colección científica, arqueología, No. 122, INAH, México.
- 1990 “El desarrollo de la cultura Aztatlán en el Occidente de México visto desde su frontera sur-oeste” en *Mesoamérica y norte de México siglo IX-XII. Seminario de arqueología “Wigberto Jiménez Moreno”*, coordinado por Federica Sordi Miranda, vol. 2, pp.541-564, INAH, México.
- 1991 “West Mexican stelae from Jalisco and Nayarit”. *Ancient Mesoamerica*, no. 2 vol. 1, pp. 21-34.
- Nicholson, Henry B.
- 1981 “The Mixteca-Puebla in Mesoamerican archaeology: a re-examination” en *Ancient Mesoamerica: selected readings* (segunda edición), editado por J.H. Graham, pp. 253-258, Peek Publications, Palo Alto.
- 1982 “The Mixteca-Puebla concept revisited” en *The art and iconography of late post-Classic central Mexico*, editado por E.H. Boone, pp. 227-254, Dumbarton Oaks, Washington.
- Oliveros, J. Arturo
- 1974 “Nuevas exploraciones en El Opeño, Michoacán” en *The archaeology of West Mexico*, editado por Betty Bell, pp. 182-201, Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, Ajijic, México.

1989 “Las tumbas más antiguas de Michoacán”, en *Historia general de Michoacán*, coordinado por E. Florescano, vol. 1, pp. 129-134, Gobierno del Estado de Michoacán/ Instituto Michoacano de Cultura.

Piña Chan, Román y Kunaki Oi

1982 *Exploraciones arqueológicas en Tingambato, Michoacán*, INAH-México.

Pollard, Helen P.

1988 “Irechequa tzintzuntzan: variation on a Mesoamerican theme”, trabajo presentado en el 46 Congreso Internacional de Americanistas, Amsterdam (inédito).

Publ, Helmut

1986 *Prehispanic exchange networks and the development of social complexity in western Mexico: the Aztatlán interaction sphere*, tesis doctoral, Southern Illinois University, Carbondale, University Microfilms International, Ann Arbor.

Ramírez Flores, José

1980 *Lenguas indígenas de Jalisco*, Gobierno de Jalisco, Unidad Editorial.

Renfrew, Colin

1976 *Before civilization: the radiocarbon revolution and prehistoric Europe*, Penguin Books.

Rodríguez Loubet, François

1985 *Les chichimeques: archéologie et ethnohistoire des chasseurs-collecteurs du San Luis Potosí, Mexique*, Études Meso-américaines: 12, Centre d'Études Mexicaines et Centro-américaines, México.

Sabloff, Jeremy A.

1989 *The cities of ancient Mexico: reconstructing a lost world*, Thames and Hudson.

Sanders, William y Barbara Price

1968 *Mesoamerica: origins of a civilization*, Random House.

Sanders, William y D. Webster

1988 "The Mesoamerican urban tradition", *American Anthropologist*, no. 90, vol. 3, pp. 521-546.

Santley, Robert S.

1983 "Obsidian trade and Teotihuacan influence in Mesoamerica" en *Highland-lowland interaction in Mesoamerica: interdisciplinary approaches*, editado por A.G. Miller, pp. 69-124, Dumbarton Oaks, Washington.

Schöndube, Otto

1980 "Epoca prehispánica" en *Historia de Jalisco*, editado por J.M. Muriá, vol. 1, pp.113-258. Gobierno del Estado de Jalisco.

Service, Elman R.

1971 *Primitive social organization: an evolutionary perspective*. Segunda edición, Random House, Nueva York.

1975 *Origins of the state and civilization: the process of cultural evolution*, W.W. Norton and Co., Nueva York y Londres.

Tolstoy, Paul

1978 "Western Mesoamerica before AD 900", en *Chronologies in New World archaeology*, editado por R.E. Taylor y C.W. Meighan, pp. 241-284, Academic Press.

Wallerstein, Immanuel

- 1984 *El moderno sistema mundial: la agricultura capitalista y los orígenes de la economía mundo europea en el siglo XVI*, Siglo XXI Editores, México.

Weigand, Phil C.

- 1985 “Evidence for complex societies during the western Mesoamerican Classic period” en *The archaeology of west and northwest Mesoamerica*, editado por M.S. Foster y P.C. Weigand, pp. 47-92, Westview Press.
- 1990 “Discontinuity: the collapse of the Teuchitlan Tradition and the early Postclassic cultures of western Mesoamerica” en *Mesoamérica y norte de México: siglo IX-XII*, seminario de arqueología “Wigberto Jiménez Moreno”, coordinado por Federica Sodi Miranda, vol. 1, pp. 215-222. INAH, México.
- 1991 “The western Mesoamerican tlachco: a two-thousand year perspective” en *The Mesoamerican ballgame*, editado por V.L. Scarborough y D.R. Wilcox, pp. 73-86, Tucson, University of Arizona Press.
- 1992a “Ehécatl: primer dios supremo del Occidente” en *Origen y desarrollo de la civilización en el Occidente de México*, editado por Brigitte Bohem de Lameiras y Phil C. Weigand, pp. 205-238. El Colegio de Michoacán.
- 1992b “Central Mexico’s influences in Jalisco and Nayarit during the Classic period”, en *Resources, power and interregional interaction*, editado por E.M. Schortman y P.A. Urban, pp. 221-232, Plenum Press, Nueva York.

Weigand, Phil C. y M.S. Foster

- 1985 “Introduction” en *The archaeology of west and northwest Mesoamerica*, editado por M.S. Foster y P.C. Weigand, pp. 1-8, Westview Press.

West, R. C.

- 1964 “Surface configuration and associated geology of Middle America”, en *Handbook of Middle-American Indians*, editado por R. Wauchope, vol. 1, pp. 33-83, University of Texas Press.

Willey, Gordon R.

- 1966 *An introduction to American archaeology, vol. 1: North and Middle America*, Prentice-Hall.

Williams, Eduardo

- 1991 “The stone sculpture of ancient West Mexico: description and interpretation”, *Ancient Mesoamerica*, vol. 2, no. 2, pp. 180-191. Cambridge University Press.

- 1992 *Las piedras sagradas: escultura prehispánica del Occidente de México*. El Colegio de Michoacán.

Winter, Marcus

- 1976 “Differential patterns of community growth in Oaxaca” en *The early Mesoamerican village*, editado por K.V. Flannery, pp. 227-233, Academic Press, New York.